



Capítulo 220 - No huirás de mí

El entorno era desolado, consumido por las cenizas de incontables batallas. Stella apenas sentía el peso de su propio cuerpo; el frío suelo bajo sus rodillas era el único punto de apoyo para su mente confusa y agotada. Su cuerpo, sin energía, temblaba, y cada respiración era una lucha.

Ante ella, imponente como una entidad inevitable, Ashborne observaba. Su armadura negra parecía devorar la luz a su alrededor, y llamas negras y púrpuras danzaban perezosamente a sus costados, consumiendo incluso el aire. Su presencia era sofocante, no solo por el poder abrumador que emanaba, sino por el peso del destino que representaba para Stella.

"Te estás debilitando." Su voz era firme, sin emoción, como si simplemente afirmara un hecho irrefutable. No se burló de ella ni la increpó; simplemente reconoció la cruda realidad.



Stella intentó ponerse de pie, pero su fuerza se negó a obedecer. Su orgullo gritó, pero su cuerpo no respondió. El amargo sabor de la derrota se mezcló con la sangre en su boca, y apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas.

"Si me matas... ¿qué ganarás con ello?", logró susurrar. Sus ojos, aunque debilitados, aún conservaban una chispa de desafío.

Ashborne dio un paso adelante; cada paso resonaba como un presagio. El polvo se alzaba a su alrededor, como si el mundo mismo temiera su presencia. Se detuvo ante ella y extendió la mano; sus ojos brillaban con tonos carmesí y violeta.

—No quiero tu muerte. —Ladeó la cabeza ligeramente—. Quiero que compartamos algo más allá de la guerra. Más allá de la destrucción.

Stella frunció el ceño, confundida. Él nunca le había mostrado afecto, nunca le había mostrado deseo. ¿Qué demonios quería de ella?

"Ayúdame a crear un nuevo ser", declaró sin pretensiones.

El silencio entre ellos era ensordecedor. Stella sintió una opresión en el pecho. Esto no era una petición, ni una propuesta; era una declaración.

"¿Crear... un ser?" repitió, como si el concepto mismo fuera absurdo.

Un heredero. Un ser que portará nuestros poderes, nuestra esencia. Una entidad por encima de todo. —Ashborne bajó la mano; su presencia aún me aplastaba—. No busco carne ni deseo, solo un legado. Algo que nos trascienda a ambos.

Stella apretó los dientes. ¿Era eso? ¿Quería usarla como herramienta, como medio para lograr un objetivo mayor?

Pero una parte de ella sabía que no tenía otra opción. Estaba derrotada, consumida por su poder abrumador. Y más que eso... quizás, solo quizás, esta era la única manera de dejar atrás algo más que el caos.

Cerró los ojos por un momento, sintiendo la oscuridad que la rodeaba y el gran peso de la decisión sobre sus hombros.

"¿Y si me niego?"

Ashborne no dudó. "No te negarás."





Y en el fondo, ella sabía que tenía razón.

Habían pasado seis años desde aquel fatídico día.

Stella, incluso bajo el peso de su sumisión forzada, encontró consuelo en Roxanne. La niña era su luz en medio de la oscuridad, lo único que hacía que su existencia valiera la pena. Pero Ashborne... nunca la vio como una hija. Para él, Roxanne era un experimento.

Su obsesión por el poder trascendía cualquier vínculo. Creía que, fusionando sus esencias, crearía al ser perfecto, un heredero digno. Pero con el paso de los años, la pequeña Roxanne solo mostraba afinidad por los vientos de su madre. Ni una chispa de las sombras ni de las llamas de Ashborne. Y eso lo irritaba.

En el sexto invierno de la niña, Ashborne decidió que no esperaría más.

Stella lo sintió cuando sucedió. El repentino vacío de presencia dentro de su propio dominio, la fuerza aplastante de Ashborne alejando a Roxanne. Una desesperación como nunca antes la había sentido la invadió.

Corrió por el castillo, con el viento aullando junto a su respiración entrecortada. Pero cuando finalmente encontró la cámara donde habían llevado a Roxanne, sintió que su mundo se derrumbaba ante lo que veía.

La pequeña estaba atada a un altar de runas, con cadenas de energía oscura enroscándose a su alrededor como serpientes hambrientas. Su frágil cuerpo temblaba; pequeños cortes y laceraciones cubrían su delicada piel. Los ojos violetas de Roxanne estaban abiertos de miedo, y las lágrimas corrían por su pálido rostro. Pero lo que destruyó el alma de Stella fue el sonido: el susurro entrecortado de su hija llamándola.





"M-mamá..."

Ashborne, imponente como siempre, observaba la escena con fría indiferencia. Su armadura negra irradiaba sombras vivientes, y sus llamas púrpuras titilaban a su alrededor, reflejando el vacío en su mirada.

"Es débil", declaró, sin emoción alguna. "Mi sangre, mi esencia, no fluye por ella como debería. Solo tu insignificante poder."

Stella sintió que el corazón se le paraba por un instante. "¡Suéltala!", rugió, mientras el viento a su alrededor se intensificaba, las corrientes silbaban con su furia.

Ashborne la miró, como si su ira no tuviera sentido. «Sabías que esto podía pasar. Pero no acepto los fracasos». Se volvió hacia Roxanne, levantando una mano envuelta en energía oscura.



"Si no puede soportar mi fuerza, entonces no sirve para nada."

A Stella se le heló la sangre. Su cuerpo se movió antes de que su mente lo procesara, impulsado por el instinto maternal.

Ella nunca permitiría que esto sucediera.

"Quiero sellar Ashborne", declaró Stella con firmeza, su mirada ardiendo con determinación.

Amon levantó una ceja, reclinándose cómodamente mientras una sonrisa juguetona apareció en sus labios.



"Eso suena... intrigante, viniendo de ti", comentó, jugueteando con las palabras. "Pero dime... ¿por qué debería hacer eso?"

"Me convertiré en la Reina Demonio de Sitri".

El silencio que siguió fue denso. En ese entonces, Stella ya era una de las más fuertes, y muchos especulaban que algún día podría ocupar uno de los tronos demoníacos. Sin embargo, nadie creyó jamás que aceptaría tal cosa.

Ella tenía una hija.

Ella era un riesgo impredecible.

Y, sobre todo, ella no era alguien que se inclinara ante un título.

Amon soltó una risita, cruzando las piernas con naturalidad. "Lo siento, cariño, pero eso no va a pasar".



Stella no lo dudó.

"Haré que Zafiro acepte ser una de las Reinas Demonio".

La sonrisa de Amon se amplió y sus ojos brillaron con una mezcla de interés y diversión.

"Ahora estamos empezando a negociar", bromeó.

Así pasaron los años y Roxanne creció. Todo transcurrió como se esperaba: creció y se hizo amiga de Katharina y Ada, conoció a las Reinas Demonio,



desarrolló su amor por los dulces y, finalmente, la historia que todos conocían...

"¿Por qué veo todo esto?", murmuró Stella, observando cómo sus recuerdos se desplegaban ante ella. No quería revivir ese pasado.

—Pensé que sería buena idea entender a qué se refería Roxanne cuando le pregunté si te odiaba —Vergil apareció de repente a su lado, sin mirarla a ella sino a los recuerdos que flotaban en el aire.

Stella suspiró, cansada. "¿Satisfecha?"

Vergil se cruzó de brazos, sin dejar de analizar la escena. "Pensé que eras una madre terrible".

—Lo soy —respondió Stella sin dudarlo, con la voz cargada de un viejo cansancio.

"Esto dice lo contrario", señaló un recuerdo brillante que flotaba frente a ellos.

Stella desvió su mirada hacia la escena proyectada.

La voz infantil de Roxanne resonó, suave y nostálgica.

"¡Mami! ¿Qué es esto?"

Una pequeña Roxanne, de tan sólo seis años, miró a Stella con ojos brillantes, sosteniendo una magdalena en ambas manos.





El recuerdo pertenecía a una sección específica de la magia que Vergil usaba para navegar por este espacio...

La pestaña de la felicidad.

"Aquí empezó todo, ¿verdad?" Vergil sonrió con ironía, lanzando una mirada sugerente a Stella. "El momento en que madre e hija se obsesionaron por completo con los dulces."

Los ojos de Stella temblaron levemente, su respiración se entrecortó por un instante. Sus manos se apretaron involuntariamente y su cuerpo se estremeció de forma casi imperceptible.

—Basta... por favor... —Su voz salió baja, cargada de un peso que Vergil reconoció de inmediato—. No quiero ver esto...

Suspiró, manteniendo la mirada fija en los recuerdos que flotaban a su alrededor.

—Ya sospechaba algunas cosas cuando las chicas me dijeron que Roxanne había sido torturada por sus padres. —Su voz era tranquila pero firme—. Pero... aun así, nunca te mostró odio. Nunca mostró miedo, asco ni ira. Al contrario...

Dio un paso más cerca, sus manos apoyadas en la cabeza de Stella, hundiendo suavemente sus dedos en su largo cabello blanco.

—Ustedes dos solo eran peones en su juego. —Su voz era más baja, más cercana—. Y por eso, a pesar de todo, siento empatía por ti... por una madre que no pudo evitar su dolor.





Stella permaneció en silencio, pero él notó que su cuerpo temblaba una vez más.

—Me dijiste que serías mía si detenía a ese bastardo, ¿verdad? —preguntó Vergil con una voz firme y segura.

Ella no respondió. Pero él lo oyó.

Un resfriado.

Virgilio sonrió débilmente.

—Nunca volverá a amenazarte —susurró, inclinándose un poco más—. Está muerto.

Stella intentó contenerlo, intentó suprimir el dolor como siempre. Pero la verdad era que, en ese momento, ya no pudo más.

Sus hombros comenzaron a temblar, su respiración se volvió irregular y luego, sin previo aviso, las lágrimas cayeron.

Primero, en silencio, deslizándose por su rostro como si no tuvieran permitido existir. Pero pronto, llegaron los sollozos, un grito contenido, casi desesperado, como si todo el peso de los años finalmente hubiera encontrado una grieta para escapar.

Virgilio no dijo nada. No hacía falta.





Simplemente atrajo a Stella hacia sus brazos, abrazándola con fuerza. Ella no se resistió. Al contrario, sus dedos se aferraron a su ropa, como si temiera que desapareciera si no lo sujetaba con fuerza.

Hundió la cara en su pecho, sus lágrimas empapando su camisa. Los sollozos, antes contenidos, ahora escapaban sin control.

Vergil le pasó la mano por el pelo, con movimientos lentos y tranquilizadores. "Llevas mucho tiempo con esto en la mano, ¿verdad?"

Stella no respondió, simplemente se presionó más fuerte contra él, como si tratara de perderse en la calidez de su abrazo.

—No pasa nada —susurró, con una suavidad inesperada en su voz profunda—. No tienes que cargar con esto sola.

Ella cerró los ojos con fuerza, su cuerpo todavía temblaba.

Durante mucho tiempo, Stella había sido la fuerza que lo mantenía todo unido, la mujer incansable a la que nadie se atrevía a desafiar. Pero ahora, en sus brazos, era solo Stella: herida, rota, cansada.

—No huirás de mí... eres mía, Stella —le susurró al oído mientras la abrazaba.

Y por primera vez en años, alguien estuvo allí para sostenerla cuando finalmente se derrumbó.

